

FIESTAS RELIGIOSAS Y POPULARES EN SAN LUIS POTOSÍ.

IV.

A las fiestas de Todos Santos seguía el novenario de la Purísima Concepción de María, que se verificaba en el templo de San Francisco.

Siempre había sido muy solemne esa fiesta religiosa, pero lo fué mucho más desde la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de María, en tiempo del Pontífice S. S. Pio IX. Los días del novenario iluminaban los frentes de sus casas los vecinos del barrio de San Francisco y de los contiguos á él; los que vivían en las calles que debía recorrer la procesión, además de la iluminación ordinaria, colocaban en cordeles atravesados de acera á acera, una farola grande de lienzo la que venía á quedar en el centro de la calle. En esas farolas, comenzando desde la primera que se colgaba al salir de la puerta O. E. del atrio, hasta la última que llegaba á la puerta Sur del mismo, estaba inscrito en sus dos lados principales la letanía, de suerte que los paseantes, al recorrer las calles de la estación, podían ir rezando dicha letanía.

Todas las noches era inmensa la concurrencia en esas calles, desde las ocho hasta las diez ó las once, las familias

que vivían en ellas sacaban asientos á las banquetas, donde formaban respetables y temibles estrados, con las demás familias amigas que convidaban á disfrutar de los paseos nocturnos del novenario. Una música militar de la guarnición daba serenatas en la plazuela de San Francisco, y en muchas casas del barrio se rezaba la novena, y después del rezo se obsequiaba á los amigos y amigas con rompopo, puchas y soletas, terminando algunas veces con bailes caseritos que duraban hasta las once ó doce de la noche.

El día 7 de diciembre se anticipaba el rezo de la novena para que las familias pudieran asistir temprano á los solemnes y suntuosos maitines. La magnífica orquesta de Don León Zavala dejaba oír sus bien arregladas armonías y las partes de canto eran encomendadas á profesores que en aquel tiempo se distinguieron en la ejecución de cánticos sagrados. Entonces no estaba todavía tan desarrollado como ahora el gusto músico entre las familias, para que pudiera haber señoritas aficionadas que contribuyeran con sus conocimientos en el divino arte, á la solemnidad de los actos religiosos. Mas no por esto dejaban ellos de ser conmovedores y solemnes; pues repetimos que había muy entendidos profesores de canto, y el lujo en el adorno é iluminación de los templos, era muy superior á lo que ahora se vé. En unos maitines de la Purísima Concepción en San Francisco, contamos una vez tres mil cuatrocientas luces que iluminaban la Iglesia.

El día 8 se verificaba en la mañana la función clásica de Iglesia. Se cantaba la misa de Rossi, y el sermón lo predicaba algún orador sagrado de los de mejor reputación. El asunto no podía ser más favorable para que lucieran sus dotes los predicadores. La bella y poética figura del cristianismo inspira á las más pobres inteligencias.

En la tarde salía en procesión la imagen de la madre de Dios, acompañándola San Antonio de Padua, San Francisco de Asís y otros Santos, y en seguida de la Purísima y bajo de palio, el Santísimo Sacramento, llevando las varas del palio, el guión y los cordones, personas notables del vecindario.

Adelante de la imagen de la Purísima, marchaba un primoroso grupo de *almas gloriosas*, representadas por pequeñas niñas de las principales familias de la ciudad. Vestían trajecitos blancos de ricas telas adornados con encajes y

flores; sus cabezitas con coronas de azahar y en las manos llevaban algún atributo de los arcángeles del cielo.

Algo se quiere parecer la moderna filista del mes de María en la concurrencia de niñas, á las que antiguamente se verificaban dedicadas á la Purísima, á la Virgen del Carmen, á la de la Merced y á nuestra Señora del Socorro; pero sea que nuestra memoria nos engañe ó que por tratarse entonces de actos de culto externo, las familias se esmeraban más en vestir lujosamente á las niñas y en mandarlas en mayor número, lo cierto es que á nosotros nos parece que aquellos encantadores grupos de pequenuelas, no se han vuelto á ver en San Luis, en las fiestas religiosas que la Iglesia consagra á la Virgen María.

En ese Corpus, lo mismo que en los demás que salían de los diversos templos de la ciudad, se ponían altares en varias casas de las calles de la estación, esmerándose las familias que las habitaban, en adornarlos con exquisito gusto. Al pasar la procesión, se adelantaba el sacerdote que llevaba la peña de la custodia y la colocaba en el altar. El palio hacia alto frente á la casa donde éste estaba, entraba el sacerdote que llevaba la custodia, que siempre era el cura de la ciudad, ó alguno de los preladados de los conventos, y la ponía en la peña. Las imágenes de Santos que iban adelante hacían también alto, y los que las cargaban las volvían en dirección de la casa donde había altar. El sacerdote cantaba el *Tantum ergo Sacramento*, le respondían los cantores, y la procesión seguía su ruta. Mientras ese acto se verificaba, la columna militar de honor presentaba las armas y la banda batía marcha. Igual ceremonia se repetía en todos los altares que los vecinos ponían en sus casas, ó en los cruceros de las calles. Todas estaban adornadas con colgaduras de los balcones y ventanas de las casas, lazos de flores, canastillas, gallardetes, etc., etc. Cada vecino mandaba regar el frente de su casa y si la procesión era dedicada á la Virgen María, bajo cualquiera de sus advocaciones, entonces además del regadío, se tiraban flores en el pavimento de las calles.

La última función solemne y procesión en el año, era la de la Virgen de Guadalupe el 12 de diciembre; pero esta popular fiesta ya está reseñada con todos sus detalles en la Historia del Santuario de Guadalupe que publiqué el año de 1894.

LA FERIA DE SAN JUAN DE LOS LAGOS.

El periódico, *La Voz de la Niñez*, de Lagos, dedicó en 1897 un artículo conmemorativo á la feria de San Juan, con motivo del centenario de la concesión otorgada por el Rey Carlos IV á dicha Villa para una feria anual, durante la cual serian libres los efectos que en ella se vendieran, de toda clase de derechos.

El mismo periódico citó los años en que dicha feria llegó á su mayor apogeo, la cantidad aproximativa de gente que concurría de todos los puntos de la República y las cantidades que se calculaba en movimiento de efectos nacionales y extranjeros.

Nada me parece exagerado de lo que dice *La Voz de la Niñez*, si admitimos por base el participio que San Luis tomaba en la famosa feria.

Me tocó presenciar por los años de 1850 á 1854, el inmenso gentío que salía de San Luis para San Juan de los Lagos. Los comerciantes, dejando encomendados sus establecimientos á los dependientes de más confianza, salían desde los primeros días de noviembre, llevando sus cargamentos de efectos que podían vender ó cambiar en la feria. Los que coseguían en la Villa una tienda, en altísimo precio de alquiler, se consideraban afortunados, pues la mayor parte tenían que exhibir sus mercancías, en accesorias, en los portales ó puestos ambulantes al aire libre, y muchos había, que ni del cuarto del mesón ó posada los